



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 5 de junio de 2002

Un cántico en honor de la creación y de la redención

1. El *Lauda Ierusalem*, que acabamos de proclamar, es frecuente en la liturgia cristiana. A menudo se entona el salmo 147 refiriéndolo a la palabra de Dios, que "corre veloz" sobre la faz de la tierra, pero también a la Eucaristía, verdadera "flor de harina" otorgada por Dios para "saciar" el hambre del hombre (cf. vv. 14-15)

Orígenes, en una de sus homilías, traducidas y difundidas en Occidente por san Jerónimo, comentando este salmo, relacionaba precisamente la palabra de Dios y la Eucaristía: "Leemos las sagradas Escrituras. Pienso que el evangelio es el cuerpo de Cristo; pienso que las sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando dice: *el que no coma mi carne y no beba mi sangre (Jn 6, 53)*, aunque estas palabras se puedan entender como referidas también al Misterio (eucarístico), sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es verdaderamente la palabra de la Escritura, es la enseñanza de Dios. Cuando acudimos al Misterio (eucarístico), si se nos cae una partícula, nos sentimos perdidos. Y cuando escuchamos la palabra de Dios, y se derrama en nuestros oídos la palabra de Dios, la carne de Cristo y su sangre, y nosotros pensamos en otra cosa, ¿no caemos en un gran peligro?" (*74 omelie sul libro dei Salmi*, Milán 1993, pp. 543-544).

Los estudiosos ponen de relieve que este salmo está vinculado al anterior, constituyendo una única composición, como sucede precisamente en el original hebreo. En efecto, se trata de un único cántico, coherente, en honor de la creación y de la redención realizadas por el Señor. Comienza con una alegre invitación a la alabanza: "Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa" (*Sal 146, 1*).

2. Si fijamos nuestra atención en el pasaje que acabamos de escuchar, podemos descubrir tres momentos de alabanza, introducidos por una invitación dirigida a la ciudad santa, Jerusalén, para que glorifique y alabe a su Señor (cf. *Sal* 147, 12).

En el primer momento (cf. vv. 13-14) entra en escena la acción histórica de Dios. Se describe mediante una serie de símbolos que representan la obra de protección y ayuda realizada por el Señor con respecto a la ciudad de Sión y a sus hijos. Ante todo se hace referencia a los "cerrojos" que refuerzan y hacen inviolables las puertas de Jerusalén. Tal vez el salmista se refiere a Nehemías, que fortificó la ciudad santa, reconstruida después de la experiencia amarga del destierro en Babilonia (cf. *Ne* 3, 3. 6. 13-15; 4, 1-9; 6, 15-16; 12, 27-43). La puerta, por lo demás, es un signo para indicar toda la ciudad con su solidez y tranquilidad. En su interior, representado como un seno seguro, los hijos de Sión, o sea los ciudadanos, gozan de paz y serenidad, envueltos en el manto protector de la bendición divina.

La imagen de la ciudad alegre y tranquila queda destacada por el don altísimo y precioso de la paz, que hace seguros sus confines. Pero precisamente porque para la Biblia la paz (*shalôm*) no es un concepto negativo, es decir, la ausencia de guerra, sino un dato positivo de bienestar y prosperidad, el salmista introduce la saciedad con la "flor de harina", o sea, con el trigo excelente, con las espigas colmadas de granos. Así pues, el Señor ha reforzado las defensas de Jerusalén (cf. *Sal* 87, 2); ha derramado sobre ella su bendición (cf. *Sal* 128, 5; 134, 3), extendiéndola a todo el país; ha dado la paz (cf. *Sal* 122, 6-8); y ha saciado a sus hijos (cf. *Sal* 132, 15).

3. En la segunda parte del salmo (cf. *Sal* 147, 15-18), Dios se presenta sobre todo como creador. En efecto, dos veces se vincula la obra creadora a la Palabra que había dado inicio al ser: "Dijo Dios: "haya luz", y hubo luz. (...) Envía su palabra a la tierra. (...) Envía su palabra" (cf. *Gn* 1, 3; *Sal* 147, 15. 18).

Con la Palabra divina irrumpen y se abren dos estaciones fundamentales. Por un lado, la orden del Señor hace que descienda sobre la tierra el invierno, representado de forma pintoresca por la nieve blanca como lana, por la escarcha como ceniza, por el granizo comparado a migas de pan y por el frío que congela las aguas (cf. vv. 16-17). Por otro, una segunda orden divina hace soplar el viento caliente que trae el verano y derrite el hielo: así, las aguas de lluvia y de los torrentes pueden correr libres para regar la tierra y fecundarla.

En efecto, la Palabra de Dios está en el origen del frío y del calor, del ciclo de las estaciones y del fluir de la vida en la naturaleza. La humanidad es invitada a reconocer al Creador y a darle gracias por el don fundamental del universo, que la rodea, le permite respirar, la alimenta y la sostiene.

4. Entonces se pasa al tercer momento, el último, de nuestro himno de alabanza (cf. vv. 19-20). Se vuelve al Señor de la historia, del que se había partido. La Palabra divina trae a Israel un don

aún más elevado y valioso, el de la Ley, la Revelación. Se trata de un don específico: "Con ninguna nación obró así ni les dio a conocer sus mandatos" (v. 20).

Por consiguiente, la Biblia es el tesoro del pueblo elegido, al que debe acudir con amor y adhesión fiel. Es lo que dice Moisés a los judíos en el Deuteronomio: "¿Cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justos como toda esta Ley que yo os expongo hoy?" (*Dt* 4, 8).

5. Del mismo modo que hay dos acciones gloriosas de Dios, la creación y la historia, así existen dos revelaciones: una inscrita en la naturaleza misma y abierta a todos; y la otra dada al pueblo elegido, que la deberá testimoniar y comunicar a la humanidad entera, y que se halla contenida en la sagrada Escritura. Aunque son dos revelaciones distintas, Dios es único, como es única su Palabra. Todo ha sido hecho por medio de la Palabra -dirá el Prólogo del evangelio de san Juan- y sin ella no se ha hecho nada de cuanto existe. Sin embargo, la Palabra también se hizo "carne", es decir, entró en la historia y puso su morada entre nosotros (cf. *Jn* 1, 3. 14).

Saludos

Saludo con afecto a los visitantes de lengua española, en particular a los peregrinos venidos de España y de México. Invito a todos a glorificar y alabar siempre a Dios por el don generoso y maravilloso de la creación. Muchas gracias.

(A los fieles lituanos, en particular al coro parroquial "Salve" de Elektrenai)

Con las palabras del salmo hemos alabado hoy a Dios, que protege y da paz a su Iglesia, la nueva Jerusalén. Con esta certeza perseverad y sed fieles en todo a la verdad del Evangelio. Os acompañe la bendición del Señor.

(En checo)

Consagrémonos a él. Jesús, manso y humilde de Corazón, transforma nuestro corazón y enséñanos a amar a Dios y al prójimo con generosidad.

(En eslovaco)

Queridos peregrinos: el viernes próximo celebraremos la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, que es, al mismo tiempo, la jornada mundial de oración por la santificación de los sacerdotes. Orad por vuestros pastores, para que sean sacerdotes según el Corazón de Jesús.

(A los fieles croatas)

La celebración de la liturgia de las Horas es la oración de los hijos con el Hijo y en el Hijo. En ella la variedad de las voces se funde en un coro armonioso y en el corazón de Cristo se hace oración grata al Padre.

(En italiano)

Pasado mañana celebraremos la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, que nos recuerda el misterio del amor de Dios a los hombres de todos los tiempos. Queridísimos *jóvenes* aquí presentes, os saludo con afecto: preparaos en la escuela del Corazón de Cristo a afrontar con confianza los deberes que os esperan. Os doy las gracias, queridísimos *enfermos*, por la ayuda espiritual que proporcionáis al pueblo cristiano al aceptar la voluntad de Dios, en fecunda unión con el sacrificio salvífico del Crucificado. A vosotros, queridos *recién casados*, os deseo gran felicidad en vuestro camino de la vida, fieles al amor de Dios, del que vuestro amor esponsal debe ser siempre testimonio elocuente.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana